« vos atados á la cadena; ¿y qué cadena? á una corta salud.... « ¡O Salvador mio! Concedednos la gracia de poder librarnos de « nosotros mismos; haced, si es de vuestro agrado, que nos abor- « rezcamos, á fin de poder amaros mas perfectamente, á vos « que sois la fuente de toda perfeccion, y enemigo mortal de la sen- « sualidad: dadnos el espíritu de mortificacion y gracia para re- « sistir siempre á este amor propio, que es la raiz de todas nuestras « sensualidades."

Como enemigo implacable de la sensualidad, combatia siempre hasta las apariencias de ella. « No hay vicio, decia á sus hijos, « mas contrario al espíritu que debe animaros, ni mas á propósito « para haceros perder el gusto de vuestras funciones. Un misio- « nero debe vivir como si no tuviera cuerpo, y no temer ni al calor, « ni al frio, ni á la enfermedad, ni á la hambre, ni á las demas « miserias de la vida. Debe tenerse por feliz cuando padece algu- « na cosa por Jesucristo; y si huye de la fatiga, del trabajo y de las « incomodidades, es indigno de su nombre, y para nada puede « servir. Un corto número de sacerdotes que renuncian á sus cuer- « pos y á sus satisfacciones, harán mas bien que otros muchos que « tengan muy gran cuidado de no debilitar su salud: estos se tie- « nen por prudentes, pero su prudencia es carnal; son *espiritus de « carne*. ¡Infeliz de aquel que huye de las cruces, porque *las halla- « rá tan pesadas, que le oprimirán*!"

CAPITULO XX.

De algunas otras virtudes del siervo de Dios.

Si quisiéramos hacer un capítulo particular de cada una de las virtudes de que no hemos hablado, seria demasiado larga la narracion de las que nos faltan; y para evitar esto, referiremos en este capítulo algunas de las principales, dando principio por la paciencia, á la que S. Cipriano y otros llaman la base de las demas virtudes.

Fué tan firme la paciencia de Vicente, que no pudieron alterarla los repetidos golpes que recibió de las enfermedades, persecuciones, agravios y contrarios sucesos, de que se han referido muchos ejemplos en la historia de su vida.

Miraba los padecimientos como la prenda mas segura del amor divino, y por esto se regocijaba en los trabajos como si fuese un descanso, haciendo consistir su alegría en las penas y aflicciones. Hablando un dia á los suyos de un grave daño que habia resentido la Congregacion, dijo así: « Considerando que de algun tiempo á « esta parte todos los negocios de la Congregacion caminaban feliz- « mente, ó por mejor decir, que el Señor la hacia prosperar de « todos modos, y que nunca esperimentaba contrariedades ni dis- « gustos, comencé á recelar fuertemente de esta bonanza, porque « sé que Dios acostumbra probar la paciencia de sus siervos y cas- « tigar á los que quiere bien. Sea pues bendita la bondad divina, « hermanos mios, porque se ha dignado visitarnos con una notable « pérdida: acompañemos los afectos del santo Job cuando decia: « *El Señor me ha dado este bien, el Señor me lo ha quitado; sea bendito « su santo nombre*. Alegrémonos porque nos mira dignos de pade- « cer; y puesto que se toman las mas amargas medicinas para con- « servar y recobrar la salud, abracemos voluntariamente los tra- « bajos, aunque sean repugnantes á la naturaleza, como remedios « eficaces de que Dios se sirve para purgar un alma ó una Congre- « gacion entera, ó para encaminarla á la perfeccion."

Otra ocasion en que fervorosamente exhortaba á los suyos á sacar fruto de las persecuciones, entre otros motivos les propuso los siguientes: « Las calumnias y las persecuciones son favores « particulares que hace el Señor á quien le sirve fielmente, siendo « estos los medios de que se vale la divina sabiduría para santificar « las almas, y para apartarlas de todo lo que puede impedirles « unirse perfectamente con él. ¡O si mirásemos estas tribulacio- « nes con ojos puros, y si se desterrasen de nuestros espíritus cier- « tas máximas mundanas que ofuscando la luz de la fe, no la dejan « penetrar hasta lo profundo del alma! ¡Cuán afortunados fué- » ramos en ser calumniados y considerados, no solo como hombres « ociosos é inútiles, sino como malos y viciosos! ¿No es por ventu- « ra una gran fortuna el ser perseguidos haciendo obras buenas, « puesto que dijo Cristo: *Beati qui persecutionem patiuntur propter « justitiam*? Y por el contrario, ¿no es de tenerse por gran desgra- « cia el que las Congregaciones, las casas y aun las personas vivan

«tranquilamente, y vean que todo les sale segun su deseo, sin pa-
«decer nada por Dios? Sí, señores mios, tened por cierto que una
«Congregacion que no padece y á la que todo el mundo alaba, es-
«tá muy cerca de la caida; y sabed tambien que uno de los ma-
«yores castigos que Dios puede enviar á la pequeña nuestra, es el
«no visitarla por medio de trabajos y adversidades."

En cierta vez presentó el comun enemigo una poderosa contradiccion para impedir el fruto de una mision, y con este motivo escribió Vicente al encargado de la direccion de ella la siguiente carta: «Sea bendito el Señor, porque ha permitido que os hayan sobre-
«venido esas dificultades: en semejantes ocasiones debeis honrar
«las que el Señor encontró sobre la tierra. ¡O cuánto mayores
«eran las suyas, pues por el odio que le tenian á él y á su doctri-
«na, le fué negada la entrada en algunos lugares, y quitada final-
«mente la vida! Aprovechémonos de la adversidad, y sufrámosla,
«á imitacion de los apóstoles, con alegría; y si lo sabeis hacer,
«estad seguros de que las armas de que se ha servido el Demonio
«contra vosotros, os servirán para vencerlo: que el cielo y los
«hombres de bien se alegrarán, y los que os eran contrarios al
«principio, os alabarán despues, y os reconocerán como coopera-
«dores de su salvacion. Pero advertid que *hoc genus dæmoniorum*
«*non ejicitur, nisi in oratione et patientia.*"

Estas palabras de Vicente, nacidas de lo íntimo de su corazon, manifiestan que las llegó á dictar el ardiente deseo que tenia de padecer, y declaran el gran fruto que sacaba del ejercicio de la paciencia; por lo que siempre tenia á la vista á Cristo crucificado, humillado y afligido, para alentarse y alentar á los otros con ese divino ejemplo, á sufrir cualquier trabajo. «¡Ah amado señor!
«dijo un dia á uno de sus sacerdotes que se hallaba poseido de un
«interior desconsuelo, ¿quereis vivir sin padecer? ¿Acaso no se-
«ria mejor tener al Demonio á cuestas que el vivir sin cruz? Cier-
«tamente que sí: porque el estar invadido del Demonio no puede
«perjudicar al alma; pero el no tener que sufrir, hace que no po-
«damos parecernos á Cristo padeciendo; y no se puede negar que
«esta semejanza es la señal mas cierta de nuestra predestinacion.
«No desfallezcais, pues, por vuestras penas, porque con ellas os
«haceis semejantes al Hijo de Dios, quien por salvarnos ha que-
«rido padecer tantos trabajos."

Una de las mayores pruebas de la paciencia de Vicente fué la resignacion y alegría con que sufrió sus graves y continuas enfermedades, sin quejarse jamas, alabando al Señor y dándole gracias porque lo visitaba con aquellos especiales favores, pues así consideraba su rigoroso padecimiento. Con motivo de esto dijo un dia á los suyos: «¡O Salvador del mundo, que tanto habeis
«padecido, hasta morir por nosotros, y que con el ejemplo nos
«habeis enseñado que la tolerancia en los padecimientos puede
«tanto glorificar á Dios como santificarnos á nosotros mismos!
«hacednos conocer, os lo ruego, el precioso tesoro que está en-
«cerrado en las enfermedades: purgan estas el alma; sirven de
«medio eficaz para adquirir las virtudes al que no las tiene, y
«abren al enfermo un gran campo para practicar la fe, la esperan-
«za, la conformidad con la voluntad divina y el amor á su sobe-
«rana bondad y otras muchas virtudes. Debemos, pues, persua-
«dirnos de que ellas no son males que se deben evitar, sino me-
«dios muy á propósito para santificar nuestras almas; y que el
«querer echarlas de nosotros cuando Dios nos las envia, es lo
«mismo que huir de nuestro bien."

Un dia en que estaban curando al siervo de Dios las llagas que tenia en las piernas, viéndolas un sacerdote de la Congregacion tan hinchadas, le dijo: «¡O señor! ¡Qué molestos deben ser los
«dolores que padeceis¡" A lo que Vicente respondió: «¿Cómo
«podeis llamar molestias las obras de Dios, y sus divinas disposi-
«ciones para hacer padecer á un miserable pecador? Dios os per-
«done lo que habeis dicho: en la escuela de Cristo no se debe ha-
«blar de ese modo. ¿Por ventura no es justo que padezca el reo,
«y que sea castigado? ¿No puede el Señor hacer de nosotros lo
«que mas fuere de su agrado?"

En otra ocasion le dijo el mismo sacerdote que le parecia que sus dolores crecian de dia en dia: «Así es, le respondio el pacien-
«tísimo varon, siento que se aumentan desde la planta de los pies
«hasta la cabeza. ¡Ah miserable de mí! ¡Qué cuenta daré ante
«el tribunal de Dios, en donde dentro de poco seré presentado,
«por no haber sacado fruto de estos padecimientos!"

Estas palabras y las que antes hemos referido tan singulares é hijas de un corazon gozoso en los padecimientos, prueban bien que poseyó Vicente la paciencia en alto grado de perfeccion; vir-

tud tan alabada del mismo Dios en muchos lugares de la Sagrada Escritura.

Ocupó en el alma de Vicente la justicia un lugar nada inferior al de la paciencia; y la practicó siempre con un singular estudio, de modo que á ninguno le negó lo que le era debido, ni hubo una sola persona que con razon dijese que habia recibido de Vicente el menor daño: por esto evitaba las apelaciones en los pleitos de la Congregacion, y nunca pedia favor á nadie, porque preferia perder el pleito antes que interrumpir el curso ordinario de la justicia. Repetia con frecuencia á los suyos estas palabras: « Pongamos nuestro desvelo y cuidado en los intereses de los otros « como si fueran nuestros, y tengamos mucho estudio en proce- « der recta y lealmente con todos. "

Segun el sentir de Vicente, para los jueces que aman la justicia, el mayor favor es la misma justicia, y era precisamente lo que á él le pasaba, pues en todo el tiempo que sirvió de consejero, ninguna recomendacion, por mas poderosa que fuese la persona de donde venia, fué capaz de obligarlo á que no procurase honrar y premiar con su voto al merecimiento.

En el hecho siguiente se ve bien el grande amor que tenia Vicente á la justicia. Un gobernador de cierta ciudad le pidió que le auxiliara en la corte en un asunto que tenia, y le ofrecia en recompensa de este beneficio, que ampararia á los misioneros que en la misma ciudad eran perseguidos por personages poderosos. Respondióle Vicente, que si le podia servir en cosa justa, lo haria; pero que en cuanto á los intereses de su Congregacion, le suplicaba que nada le concediese de gracia, sino que dejase seguir el curso de la justicia, porque él no queria que progresase ni se mantuviese por favores humanos. Era, pues, tan amante el siervo de Dios de esta virtud, que sospechando que se podia faltar á ella, no admitió un apoyo tan seguro para que no sufriesen los suyos.

No es menos digno de admiracion el que habiendo sido falsamente acusados algunos parientes de Vicente de un delito grave, y queriendo los amigos de este santo hablar en favor de ellos á los jueces, se opusiese á este paso para no interrumpir la marcha de la justicia, diciendo: « Razon es que se haga justicia aquí en « la tierra, para satisfacer de algun modo á la de Dios; pues si en

« este tiempo de misericordia son castigados los culpados, en la « otra vida no esperimentarán el rigor de la divina venganza. "

Segun Santo Tomás, el agradecimiento es inseparable compañero de la justicia, y la práctica que de ambas virtudes se notó constantemente en Vicente, es una nueva prueba de ello. Tenia siempre presentes los beneficios que habia recibido de la soberana liberalidad, tanto generales como particulares, para que la memoria de ellos despertase su liberalidad; rogaba á sus amigos y á las personas de cuya devocion estaba satisfecho, que le ayudasen á pagar el tributo merecido á los bienes que habia recibido, con divinas alabanzas; decia: « Que el agradecer á Dios un favor, era « medio eficaz para alcanzar otro; y que no se habia de emplear « menos tiempo en dar gracias por él, que en pedirlo. "

Para con los hombres fué tan agradecido, que era cosa imposible imitarlo en esto. El mas pequeño beneficio que se le hacia lo tenia constantemente presente; así como era enseñarle un camino, ayudarle á que montase á caballo, ó cualquier otra cosa semejante; y de tal modo ponderaba esto, que no hallaba palabras para espresar su reconocimiento. A los suyos les recomendaba mucho esta virtud, y no con poca severidad corregia al que faltaba á ella, aunque fuese ligeramente.

Tratando un dia con los suyos sobre si seria conveniente admitir un legado que se le habia ofrecido, dijo uno de los sacerdotes: que tal vez los cargos que por él se impondrian á la Congregacion serian tan molestos, que á ella, en resúmen, no le seria útil; pues esto habia sucedido con otro legado que se le habia dejado. Este modo de hablar desagradó al siervo de Dios, y despues de levantar los ojos al cielo, respondió: « Aun cuando sucediera como « pensais, siempre hace mucho por nosotros el que nos presenta « una ocasion de servir á Dios y darle á conocer. No debemos, « pues, ser ingratos por este beneficio, sino rogar por el que quie- « re hacerle como por nuestro bienhechor. "

En otra ocasion escribió á uno de los suyos estas palabras: « Dias pasados nos hizo Dios la gracia de poder ofrecer á uno de « los fundadores de nuestras casas todo lo que nos habia dado, por- « que me parecia que se hallaba necesitado; y si lo hubiera acep- « tado, me parece que hubiéramos recibido un grandísimo con-

«suelo. Estoy seguro de que en semejantes casos agrada á la bon-
«dad divina el ser ella misma nuestra fundadora, en cuyo caso na-
«da nos faltaria; pero aun cuando esto no sucediese, ¿qué fortuna
«tan grande para la Congregacion seria el empobrecer por auxiliar
«á quien nos ha beneficiado? El Señor se ha dignado ya conce-
«dernos una vez semejante gracia, en la restitucion que hicimos
«á un bienhechor de cuanto nos habia dado; y siempre que de
«esto me acuerdo, no puedo esplicar el gozo que siento."

Habiendo tenido noticia de la necesidad en que se hallaba un bienhechor de la Congregacion, sin mas impulso que el de su agradecimiento, le escribió una carta llena de cordial afecto, en que le decia: «Puede vuesa merced valerse de los bienes de la Congrega-
«cion como de cosa propia: estamos prontos á vender por servir-
«la cuanto tenemos, hasta los cálices; pues en esto haremos lo que
«prescriben los cánones sagrados, dando á nuestro bienhechor
«en su necesidad lo que él nos dió en su abundancia; y no escri-
«bo esto, señor mio, por ceremonia, sino como lo siento delante
«de Dios y en lo íntimo de mi corazon."

A otros dos bienhechores de la Congregacion que el siervo de Dios supo que padecian necesidad, les ofreció para su remedio, á uno doscientos doblones, y á otro trescientos. Reconocieron el ánimo agradecido de Vicente, y quedaron admirados de su fiel correspondencia, aunque no quisieron admitir la ofrenda.

Escribióle un fundador de una de sus casas que tenia gran dificultad, no solo en poder dar la renta á que se habia obligado por un instrumento público, sino tambien en poder satisfacer los réditos de ella, como lo habia hecho hasta entonces; la respuesta tierna de Vicente fué esta: «Justo es, señor, que seais el primero
«en gozar de vuestros bienes, y por esto la Congregacion mas que
«voluntariamente os deja todo, dándoos humildísimas y rendidas
«gracias por la buena voluntad que le habeis manifestado."

Para curarse el siervo de Dios de una caida que habia dado del caballo en un arroyo, le fué preciso hospedarse en la casa de un labrador, quien lo recibió con grande manifestacion de contento; pero esperimentó bien la agradecida condicion de este santo varon, pues no solo le socorrió con una buena limosna, sino que habiéndole dicho el labrador que padecia una enfermedad, le prometió Vicente mandarle una medicina que sabia era á propósito

para ella. Y es cosa digna de notar que habiendo empleado en aquel viage tres ó cuatro meses, y vuelto á su casa rodeado de graves ocupaciones, no se olvidó de su bienhechor, pues luego que llegó mandó buscar el medicamento, y no encontrando persona con quien enviarlo, se valió de una señora de gran calidad, de quien era vasallo aquel labrador, pidiéndole se sirviese hacer que llegase á sus manos luego que hubiera oportuna ocasion.

A otra persona pobre que en el tiempo de una peste habia asistido á dos de los suyos atacados de ella, en memoria de este servicio le suministró lo necesario para su sustento por espacio de treinta años, pagándole tambien el arrendamiento de la casa en donde vivia y socorriéndola con liberalidad en cualquier necesidad que tenia.

Era finalmente tan fina su correspondencia á sus bienhechores, que siempre hablaba de los beneficios que recibia de ellos, elogiaba su piedad, y los encomendaba continuamente á Dios, y manifestaba con particular afecto que su mayor contento en esto era vivir esclavo del que lo beneficiaba.

Pudiéramos añadir á estas virtudes la de la modestia, que veneraban en él cuantos le conocieron: la de longanimidad en medio de los mayores trabajos; la constancia y firmeza en las empresas qne comenzaba; pero ya de esto se han dado algunas ideas en los capítulos de su vida, y ahora vamos á tratar de otra materia en que se verán resplandecer las virtudes de Vicente en las personas que, como claros espejos, supieron reflejar el ejempo de tan grande maestro.

CAPITULO XXI.

De algunas personas que con la direccion y consejos de Vicente aprovecharon grandemente en la vida espiritual.

Estampó Vicente sus virtudes en muchos de sus hijos espirituales tan vivamente, que si no le imitaron con perfecta semejanza, lograron llegar á parecérsele mucho, y recordar con su vida las grandes virtudes de su santo director. Brevemente daremos aquí